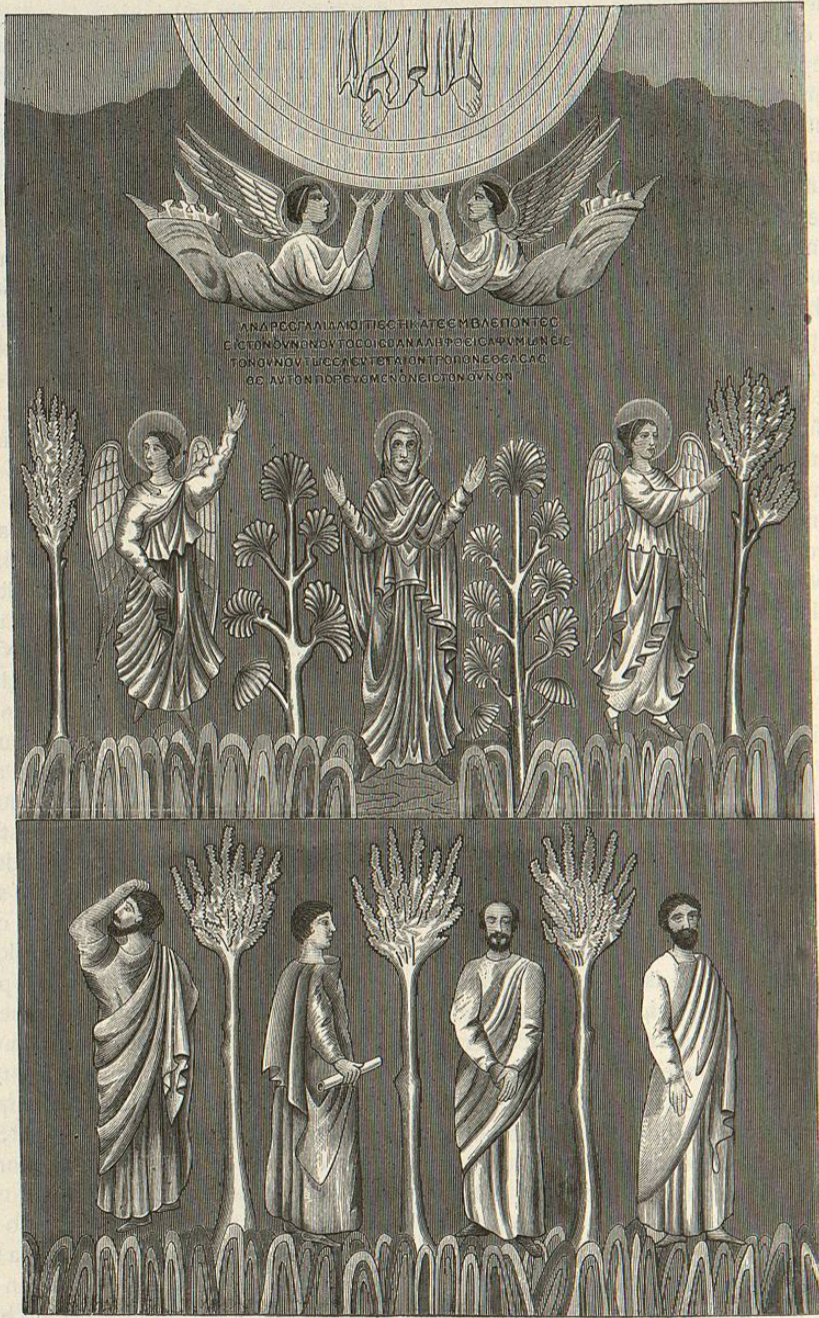


cantes armenios y musulmanes acudían a su vez a las plazas mercantiles del imperio bizantino, como Trebisonda, que había adquirido gran importancia. El comercio al por mayor continuó en manos de los griegos, cuyas flotas mercantes conservaron la superioridad en el Mediterráneo, y dominaban en absoluto en el Mar Negro, con el cual confinaban por el Norte los cazares, pueblo amigo del imperio, por cuyo territorio pasaba el camino septentrional que recorrían también caravanas del Asia sin tocar en territorios mahometanos.

Durante un larguísimo período fueron, pues, los griegos los agentes intermedios que proveían a los países occidentales de los productos asiáticos, hasta que los italianos empezaron a hacerles competencia. No por esto menguó la importancia de los grandes emporios del comercio bizantino en Europa, como Constantinopla, Querson en la Crimea y Salónica, capital de Macedonia, hasta que los turcos borraron del mapa el imperio de Oriente.

Varios emperadores perjudicaron mucho al comercio bi-



Una parte del mosaico que adorna la cúpula de Santa Sofía de Salónica. Representa la Ascension del Señor

zantino en beneficio de sus competidores los dálmatas e italianos, monopolizando diferentes industrias y productos, limitando temporalmente la esfera de varios comercios en beneficio de ciertas personas a quienes querían favorecer, y finalmente poniendo trabas con disposiciones molestas al tráfico de cereales entre las mismas provincias del imperio.

De todo lo que hemos expuesto sobre las luchas religiosas, las guerras, las artes y el comercio del imperio bizantino, se

infirió que allí se había formado una civilización especialísima de una fuerza atractiva y asimiladora poderosa, a la cual resistían pocos de los extranjeros, individuos o pueblos que llegaron dentro de su círculo de atracción o se establecieron en su territorio. Lo más curioso es que al lado de esta civilización tan especial se formó otra no menos particular y característica: la civilización árabe del imperio de los califas, que a pesar del fanatismo religioso y del régimen despótico de los sucesores del profeta, admitió algunos elementos de la

civilización bizantina. Entre tanto al Norte y Oeste de esta última y al lado de los pueblos románicos se removieron hordas y pueblos bárbaros, especie de protoplasma de las futuras naciones germánicas y eslavas, que dieron lugar a las naciones neo-latinas.

Uno de los rasgos fundamentales de la civilización bizantina fué su tendencia a grecizarse más y más, sobre todo después que hubo perdido las provincias semíticas y las africanas. En el siglo VII la lengua griega reemplazó a la latina en el ejército, y se efectuó una transformación análoga en todos los ramos de la administración civil, tanto que desde el reinado del emperador Mauricio, el idioma griego fué siempre el oficial, en el cual se publicaron todos los decretos y disposiciones del gobierno, conservándose finalmente solo algunos títulos y nombres de dignidades latinos, bien que grotescamente grecizados, como testigos ruinosos y solitarios de la antigua civilización romana. En el reinado de Anastasio I se indicó en las monedas bizantinas de cobre su valor con letras griegas; en el de Heraclio se introdujeron en ellas inscripciones en idioma griego; y en el siglo VIII se reemplazó el título romano de *augustus* con el de *basileus* y *despotes*. A medida que la civilización bizantina se divorció de la romana, se dibujaron más los elementos orientales que había admitido, como los reinos orientales que nacieron del imperio de Alejandro Magno habían admitido elementos griegos. Por otra parte debieron de dejar en la civilización bizantina algunas huellas tantos pueblos heterogéneos, en particular los eslavos, como el imperio había ido absorbiendo. A consecuencia de la formación del imperio franco de Carlo Magno en el Occidente a fines del siglo VIII, y del divorcio con el papado de Roma a fines del siglo IX, se replegó más sobre sí mismo el imperio bizantino, separado por lo demás materialmente del resto de Europa durante muchas generaciones por los búlgaros en la época del mayor poderío de estos, y se particularizó cada vez más, desarrollando su fisonomía y su carácter propios.

A pesar de todas sus imperfecciones, la civilización bizantina fué siempre inmensamente superior a la de casi todos los pueblos y naciones que confinaban con el imperio. Hasta el postrer momento las familias principales de otros pueblos consideraron a Constantinopla como la más alta escuela de educación, y tuvieron a dicha poder enviar allí a sus hijos en calidad de rehenes, bien que juzgada aquella civilización desde nuestro punto de vista, presenta en todo tiempo muchos puntos negros. Al lado de la cultura refinada y cristiana, y de rasgos verdaderamente humanitarios, continuaba todavía una corriente de barbarie que de cuando en cuando se manifestaba de una manera terrorífica. Aun prescindiendo de las explosiones espantosas de la ferocidad primitiva de las masas, como cuando el pueblo expulsó de Constantinopla a los italianos, y cuando asesinó a Andrónico Comneno, en cuyas ocasiones ocurrieron escenas tan horribles como no las registra peores la historia de ningún pueblo antiguo ni moderno, los bizantinos no tenían motivo para criticar ni a los árabes ni a los francos, pues que estos les podían echar en cara las crueldades inauditas que las personas cristianísimas más distinguidas cometieron en ocasiones con sus enemigos extranjeros, sin contar las horribles e inicuas penas que imponían sus leyes a ciertos delincuentes. Aunque no se fulminaban ya aquellas sentencias de muerte en masa que tan a la ligera pronunciaban los emperadores romanos en los últimos siglos del imperio, se aplicaba con espantosa facilidad un sistema repugnante de mutilaciones, y muy particularmente desde el siglo VIII el de sacar los ojos, que en ningún país del mundo se ha empleado con igual prodigalidad. Incomprensible era para los pueblos latinos, y aun para los

germánicos, la falta de caballerosidad y de pundonor en ciertos casos de los bizantinos más encumbrados y cultos. Aun en los reinados de los emperadores más humanos, los azotes con látigo y palo eran un castigo corriente en aquella corte, la más civilizada entonces, castigos que se aplicaban en público, generalmente por delitos políticos, a altos funcionarios, a clérigos y aun a grandes señoras, sin que por esto padeciesen su categoría ni la consideración de que gozaban en la sociedad. Bajo este último concepto mejoró algo el carácter bizantino cuando se introdujeron en el imperio las formas y costumbres de la nobleza del Occidente, es decir, en tiempo de los Comnenos que conoceremos más adelante.

### CAPÍTULO III

#### EL EPISODIO DE LOS ICONOCLASTAS. LA DINASTIA MACEDONIA

El emperador Leon III, con la brillante defensa de Constantinopla contra las formidables fuerzas árabes terrestres y marítimas, había probado que merecía la diadema imperial que ceñía su frente; pero además se inmortalizó como reformador del imperio por su extraordinario talento de organización. Desgraciadamente estos méritos quedaron oscurecidos, y aun cayeron en completo olvido por espacio de siglos a consecuencia de la terrible lucha religiosa que encendió con sus medidas. Aquel hombre extraordinario, conociendo y queriendo remediar el mal que había llevado al imperio al borde de su ruina, emprendió su grande y admirable trabajo de reforma. Los griegos de hoy, que se dedican con patriótico afán a estudiar su Edad media bizantina, han sacado a este gran emperador del inmerecido olvido en que había quedado hasta hace poco, y en su admiración, lo presentan como el reformador más ilustre de todos los tiempos, atribuyéndole ideas que no han principiado a tomar forma y vida sino en época relativamente moderna. Nosotros no entraremos en este campo y nos limitaremos aquí a trazar a grandes rasgos las obras que realizó y de las cuales la historia ha conservado las huellas y la memoria.

Tal como se había constituido y organizado el imperio bizantino y tal como era el carácter del pueblo, no había que pensar en una transformación radical ni en lo político, ni en lo social ni en lo religioso; pero lo que racional y humanamente era posible hacer, en las condiciones y con los materiales a la sazón existentes, lo realizó Leon III. Su primer trabajo fué poner la fuerza armada del imperio otra vez a una altura desde la cual pudo hacer frente y dominar todos los peligros; y tan buen éxito tuvo en esta tarea, que alcanzó con sus nuevos ejércitos victorias grandísimas. Así renacieron el entusiasmo, la conciencia de la propia fuerza y la confianza, que se transmitieron a las generaciones sucesivas juntamente con la memoria de sus hechos de armas gloriosos; fruto del restablecimiento de una disciplina rígida y de la creación de un excelente estado mayor.

Desde el tiempo de Diocleciano y Constantino los emperadores romanos y luego siguiendo su ejemplo los de Constantinopla habían abandonado el régimen puramente militar, es decir el sistema de confiar el gobierno de cada provincia a un prefecto o capitán general que reunía en sus manos la administración militar, la civil y el ramo de hacienda.

En adelante fué separado el ramo civil del militar, recibiendo cada uno su organización y personal especiales; pero ya en tiempo de Justiniano I se había hecho necesario volver al sistema puramente militar o de lugartenencias en algunas provincias, particularmente en el Asia Menor; y desde el siglo VII los emperadores, probablemente desde Heraclio, impulsados por las circunstancias gravísimas por que atrave-

saba el imperio, habían continuado dando mas y mas preponderancia á las autoridades militares en todo el territorio. Este último principio de gobierno fué adoptado tambien y llevado al parecer á su última perfeccion por Leon III, despues que se hubo desembarazado de los árabes. En lugar, sin embargo, de las prefecturas dilatadas introducidas sistemáticamente por Constantino, y sin adoptar tampoco el gobierno militar mas antiguo, dividió todo el territorio del imperio en pequeños distritos militares llamados temas (ó témata) es decir, «batallones ó legiones,» á cada uno de cuyos distritos se dió luego el nombre particular de la legion acantonada en él. Estos temas fueron ensanchados ó reducidos, ó bien reformados ó finalmente reunidos dos ó tres en uno por los sucesores de Leon III segun que lo aconsejaban las circunstancias especiales de la época. Los gobernadores militares de estos distritos dependian directamente del emperador, y segun su voluntad podian unir á su cargo de generales en jefe de las tropas de su distrito, el de gobernadores civiles y jefes de todos los ramos de la administracion. Estos generales, jefes de distrito, se llamaban *estrategos*, y tenian á su lado y á sus órdenes, como en los primeros tiempos del imperio romano, legados, ó subjeses llamados *turmarcas* para el mando de secciones de tropa y para la administracion civil de los cantones correspondientes. Además en los puntos mas expuestos á las invasiones de enemigos, como desfiladeros y otros, habia comandantes especiales llamados *cleisurarcas*. Luego venia todo el numeroso personal de diferente graduacion y categoría que requería el buen servicio de los diferentes ramos de la administracion civil y militar. Inferior en categoría, pero independiente del general gobernador ó estratego, habia en cada distrito y legion ó tema un contador, llamado protonotario, que dependia del tesorero general del imperio y estaba en correspondencia directa con el emperador. Era el jefe de hacienda del distrito; y al parecer tambien magistrado ó juez superior.

Esta organizacion que ha dejado descrita sistemática y minuciosamente un autor bizantino del siglo x, ofrecia las dos ventajas capitales de garantir la seguridad interior con la supresion de los grandes ejércitos permanentes en las fronteras que daban ocasion á grandes sublevaciones, y de poder oponer á cada momento fuerzas disponibles á los muchos enemigos que en aquellos tiempos precarios podian atacar súbitamente cualquiera provincia del imperio. Para evitar y rechazar en su caso estas sorpresas peligrosísimas, procuraba cada general gobernador tener sus puntos fortificados y si era preciso un cuerpo de milicias, con cuyos elementos podia detener y escarmentar al invasor sin que el distrito tuviese necesidad de acudir siempre al gobierno central implorando su auxilio inmediato.

Gracias á su preclaro talento y á sus trabajos organizadores y de reforma, adquirió Leon III lauros imperecederos en los campos de batalla como en la administracion interior y rehabilitacion del imperio. Paso á paso arrojó hasta el otro lado del Monte Tauro á los árabes, los cuales en el reinado del pacífico califa Omar II, primo y sucesor de Suleiman, y luego en tiempo del hermano de este, Yezid II, que reinaron respectivamente desde 717 hasta 720, y desde 720 hasta 724, no pudieron pensar en vengar la afrentosa derrota de sus armas delante de Constantinopla, primero por el carácter bondadoso y pacífico de Omar y luego por las contiendas y revueltas interiores en el reinado de Yezid. Hicieron una tentativa en el reinado siguiente del califa Hixem que gobernó á los musulmanes desde el año 724 hasta 743, pero se estrellaron completamente. En esta guerra que empezó en 725 ó 726, conquistó el general mahometano Maslama á la primera embestida la plaza de Cesárea en Capadocia; mientras Moavi-

yah atacó sin éxito la plaza de Nicea en 726 y 727; despues de lo cual efectuaron los árabes expediciones por mar y tierra durante algunos años, hasta que finalmente uno de sus héroes mas bizarros y mas celebrado por los poetas, Sid-al-Batal-el-Gazi, invadió con un ejército inmenso el Asia Menor para aniquilar de una vez el poder de los bizantinos. El antiguo ardor guerrero y el entusiasmo fanático de los primeros sectarios del Coran pareció haber renacido; pero el emperador Leon, arrojando el peligro, salió con su hijo al encuentro del enemigo y le derrotó tan completamente, que no volvieron á ser temibles los mahometanos hasta el tiempo de los califas abasidas, bajo cuya bandera negra embistieron otra vez el imperio bizantino. Aquella batalla memorable tuvo efecto cerca de Acroinon en la Frigia, nueve horas al Mediodía de Dorileon, hoy Esquicher, en el distrito de la tema ó legion de Anatolicon en el año 740. La lucha fué encarnizada y duró nueve horas hasta que el general mahometano quedó muerto en el campo de batalla.

Los búlgaros se mantuvieron sosegados en el reinado de Leon III, sin atreverse siquiera á vengar la muerte del anciano Anastasio II que en mal hora conspiró en el año 719 contra Leon para suplantarle en el trono, á cuyo fin habia entrado en relaciones con el khan Tervel, por lo cual lo hizo decapitar Leon III.

Tan brillantes resultados no hubieran sido posibles si este emperador no hubiese unido á su pericia y á sus grandes reformas militares la sabiduría y energía necesarias para restablecer, aumentar y concentrar los recursos materiales del imperio, y para unir sólidamente las provincias al poder central. La hacienda del imperio que dirigió personalmente, le mereció una atencion y un cuidado especialísimos, porque imitando en esto á los mejores emperadores romanos, sabia muy bien que la existencia del imperio, que tan reducido habia quedado por las conquistas de los árabes, dependia en gran parte del acierto de una bien organizada administracion económica. De la situacion del tesoro dependian la disciplina y el buen estado del ejército, la posibilidad de encontrar robustos guerreros mercenarios en los pueblos vecinos eslavos y búlgaros, en las tribus germánicas y en las hordas cazares y turcas mas distantes. Esta necesidad provocó en algunas partes del imperio mucho descontento, porque economista y administrador inteligente como era Leon III, quitó á los municipios la gerencia de los intereses de la hacienda imperial para encargarla á funcionarios que dependian directamente de él. A este fin correspondieron sus medidas, encaminadas á evitar ocultaciones y fraudes, y á hacer mas productivos los recursos del Estado. En cambio disminuyó en general el peso de los impuestos, protegió y fomentó el comercio y su seguridad, y levantó muy alta la administracion de justicia, haciéndola tambien mas expedita y dándole bases fijas por medio de un código civil compendiado llamado Egloga, que encargó á su ministro de justicia Nicetas. Los jurisperitos modernos consideran esta parte de la actividad del emperador Leon como su mayor timbre de gloria; y alaban esta obra por su espíritu elevado, muy superior á la legislacion antigua de Justiniano y á las aun peores tradiciones jurídicas del mundo antiguo. Las innovaciones mas notables que contiene este código se refieren al matrimonio, á la familia y á la poblacion rural que salió considerablemente beneficiada, y al parecer libre de la servidumbre de la gleba, introducida en los últimos siglos del imperio romano.

Todos estos trabajos, la vivísima y preclara inteligencia de su autor, su carácter enérgico, el lustre de sus victorias, el espíritu marcial y buen estado del ejército, fiel y adicto á su regenerador y organizador, las simpatías del comercio y de las clases productoras agradecidas á la proteccion que dis-

frutaban contra los ataques de enemigos extranjeros, la seguridad interior y la buena administracion de justicia consolidaron de tal modo al emperador Leon en el trono, que él y su dinastía no peligraron á pesar de las dos grandes conmociones sociales que suscitó con su reforma eclesiástica. Sobre esta reforma es hoy difícilísimo formar un juicio crítico é históricamente correcto. En primer lugar no sabemos si quiera con alguna exactitud la extension que el emperador pretendia darle, si se proponia un solo objeto ó varios, ni si sus disposiciones tenian el carácter de definitivas ó eran medidas puramente transitorias para lograr su objeto principal. En segundo lugar, la posteridad se ha acostumbrado hasta hoy mismo á juzgar, ó mejor dicho, á condenar al gobierno de este emperador y de sus sucesores por el resultado negativo que obtuvieron estos proyectos de reforma religiosa; es decir, por la derrota del principio iconoclasta. Lo que parece sin embargo indudable es que el público laico ilustrado y una parte muy considerable del alto clero miraban entonces con inquietud y desagrado la direccion que iba tomando el espíritu religioso de las masas desde que habian cesado las formidables luchas confesionales y dogmáticas. El pueblo se iba inclinando cada dia mas á una nueva idolatría, muy análoga á la antigua gentílica, á lo cual se agregaba la conservacion pertinaz de costumbres y prácticas basadas en supersticiones heredadas de remotísimas épocas cuando la profunda ignorancia de los hombres se explicaba por milagros groseros é inverosímiles todo lo que no podia explicar su limitada inteligencia. Estas supersticiones, esta afición á los milagros, y los usos y costumbres que habian creado continuaban subsistiendo, aunque acomodados mas ó menos á las exigencias del cristianismo, lo mismo que la extraordinaria afición á las prácticas de toda clase de los antiguos griegos y romanos en los últimos siglos de la civilizacion antigua. En tiempo de Leon III estaba ya tan generalizado el culto de los santos, que los habitantes de Salónica, por ejemplo, atribuyeron exclusivamente á su patron San Demetrio el haber rechazado victoriosamente los ataques y asedios de los avaros y eslavos de que hablamos en el capítulo anterior. Lo peor era que tan piadosa modestia condujo muy luego, tanto en Salónica como en todas partes, á fiarse en todas ocasiones casi exclusivamente en los santos y no en los esfuerzos propios, fomentándose así una indolencia é inercia peligrosísimas, y con esto el culto de las imágenes que efectivamente se habia hecho general. Las muchas obras que el arte cristiano habia producido hasta entonces eran otras tantas fuentes de toda clase de milagros y de piadosas y maravillosas leyendas; de suerte que la veneracion piadosa se habia trasformado en la mas tosca supersticion, hasta el extremo de que hubo fanáticos que raian el color de las imágenes y lo echaban en el vino eucarístico; las madres ponian sus hijos recién nacidos en los brazos de las estatuas de los santos, y los enfermos frotaban contra ellas sus mantas y vendas, para conseguir la bendicion y auxilio del santo.

Los bizantinos ilustrados no desconocian el peligro que entrañaba para el cristianismo esta tendencia, mientras otros se decian que todas las súplicas dirigidas á las imágenes, y su culto, no habian detenido á los árabes, enemigos declarados de estas mismas imágenes y de toda representacion figurada de lo divino, ni les habian impedido embestir el imperio y arrebatarle sus mejores provincias. El emperador Leon, cristiano celoso y devoto, abominaba la supersticion en la religion, pero ignoraba, como todo el mundo en su tiempo, que para desarraigar eficazmente los extravíos de la imaginacion popular, petrificados y enlazados íntimamente con los sentimientos mas tiernos como con las pasiones mas materiales, se necesitaba ó la influencia impetuosa,

arreatadora y espiritual de un reformador religioso entusiasta y fervoroso, ó bien los esfuerzos pacientes, incansables y nunca apreciados de representantes tenaces de un principio ó de una idea elevada. Leon III debió de guiarse en cambio por los ejemplos que referia la historia de Constantino el Grande, de Constante II y de otros predecesores suyos en el trono de Constantinopla, los cuales con su autoridad y poder y con el apoyo de las primeras notabilidades de la iglesia de su tiempo, habian conseguido desarraigar tendencias ó errores religiosos muy extendidos cuando no eran de su agrado; y el salvador del imperio, Teodosio, hijo de España, ¿no habia vencido simultáneamente á los arrianos y á los gentiles, partidarios del Olimpo? Sabido todo esto, parecia sin duda alguna á Leon mas fácil suprimir una práctica abusiva que nada tenia que ver con dogma alguno. Quizás le animó la idea, cosa difícil de averiguar, de que suprimiendo el culto de las imágenes, facilitaria el ingreso de los judíos, y lo que era mas importante, el de los mahometanos en la iglesia cristiana, pues que aquellos y estos alegaban casi siempre el culto que los cristianos tributan á las imágenes como motivo principal para creer su religion superior á la nuestra.

Leon III emprendió pues su campaña de reforma religiosa siguiendo el sistema de los emperadores romanos y bizantinos de otros tiempos, dirigiendo sus ataques primero al culto supersticioso de las imágenes, muy léjos de sospechar que con esto suscitaria un conflicto que en nada cedió á la tremenda lucha entre la iglesia ortodoxa y la arriana. Empezó su campaña en el año 726 contando con el apoyo de autoridades eclesiásticas como los obispos Teodosio de Efeso, Tomás de Claudiopolis en Galacia y Constantino de Nacolia en la Frigia. El primer golpe fué un decreto sancionado por el senado que condenó la adoracion de las imágenes como una especie de idolatría; mas para no herir de lleno la costumbre inveterada se limitó el decreto provisionalmente á ordenar la colocacion de las imágenes á una altura donde los devotos no pudiesen tocarlas. Esta orden fué recibida por la iglesia y las poblaciones de diversa manera. En la Armenia encontró un apoyo decidido, mientras en las demás provincias asiáticas y en Constantinopla estuvieron equilibradas las fuerzas entre los partidarios y los adversarios de la innovacion. En la Grecia propiamente dicha, y principalmente en Salónica, cuyos habitantes eran partidarios entusiastas y tenaces de las imágenes, fué muy grande la excitacion, tanto mas cuanto que allí como en Italia existia ya un gran descontento con motivo de otras disposiciones del emperador. Los griegos, mas que todos, habian conservado muchos usos gentílicos cristianizados, y entre otros la afición á las obras de arte, teniendo así doble motivo para venerar los cuadros, estatuas y demás creaciones del arte cristiano. Fueron por tanto los adversarios mas furiosos del emperador Leon, y los admiradores mas entusiastas de la resistencia de la sede romana, centro eclesiástico entonces tambien para los cristianos griegos al Oeste del Estrimon inclusa la isla de Creta. Por lo demás la conducta del Pontífice romano contó tambien con las simpatías de toda la Italia y contribuyó mucho á preparar el cisma entre Roma y Constantinopla.

La situacion pues del emperador empeoró y se hizo muy pronto difícilísima. Luitprando, rey longobardo y hombre emprendedor, inteligente, ambicioso y audaz (712-743), entró con sus fuerzas en Italia y avanzó rápidamente favorecido por el rencor que reinaba entre los pueblos, especialmente en la Italia central, contra el gobierno de Constantinopla. En Grecia se sublevaron los mismos habitantes tanto de la tierra firme como de las islas, y lo que fué peor, tambien una parte de las tropas, las cuales, si bien despues en general se